

RODERIC A. CAMP

GENERACIONES POLITICAS EN MEXICO

LOS ULTIMOS CIENT AÑOS

Traducción de Gabriela Castillo

La investigación de las generaciones ha sido causa de numerosos debates entre los historiadores y los científicos sociales. La discusión se ha centrado en la utilidad de reunir a los grupos humanos por edades para tratar de comprender el desarrollo de las ideas y el comportamiento políticos. Este ensayo no pretende reavivar los problemas surgidos en dichos debates, que ya han sido tratados a fondo en otro lugar,¹ más bien intenta explorar la existencia de las generaciones políticas en México para identificar sus características comunes, sugerir cómo experiencias similares influyeron en la cohesión de la jefatura política y en la creación de un conjunto de valores compartidos y, finalmente, demostrar que de las identidades generacionales se derivan consecuencias políticas concretas.

Este ensayo se apoya en información sobre aproximadamente 3,000 destacados políticos mexicanos que ocuparon algún cargo entre 1884 y 1984. A pesar de que los datos biográficos están completos, aunque en desorden, sólo pude codificar la información relativa a 1,800 individuos, que desempeñaron algún cargo entre 1935 y 1984. De aquí que mis conclusiones e interpretaciones sean necesariamente tentativas; en lo que respecta al periodo anterior a 1934, éstas se extrapolarán a partir de los datos biográficos no organizados.

Para los propósitos de este ensayo resulta sumamente útil la formulación de Karl Mannheim: "El fenómeno social de las 'generaciones' representa nada menos que un tipo particular de identidad de posición que reúne a 'grupos por edades' enclavados en un proceso histórico-social".² Sin embargo, en el caso mexicano es importante observar que tanto los políticos como los historiadores se ven a sí mismos como miembros de generaciones políticas.³ Considero posible identificar una serie de "generaciones decisivas" entre los políticos mexicanos, las cuales Julián Marías define como un grupo que "por primera vez piensa en las nuevas ideas con toda claridad y con completo dominio de su significado, una generación que aún no es precursora pero que tampoco se encuentra atada al pasado".⁴

Se han exagerado los lazos generacionales entre los líderes gubernamentales al atribuirles características particulares de la cultura política mexicana. Por lo menos desde la década de los 1880, la jefatura política mexicana se ha formado teniendo como base las camarillas, y el fenómeno sigue vigente. La base para la formación de un grupo político es el nivel de confianza que se tiene en un colaborador

potencial. En virtud de que los mexicanos han demostrado ser más recelosos que los miembros de otras culturas para aceptar la lealtad de sus semejantes, exigen lazos de confianza prolongados, cultivados a lo largo de muchos años. Se ha confirmado que, al menos desde la revolución de 1910, estos lazos se forman en la infancia o en la juventud.

Otro elemento presente en la cultura política mexicana desde 1884 y que influye decisivamente en el grupo líder de una generación es el predominio de una personalidad, por lo general el Presidente, sobre el sistema político. Es sorprendente que la toma de decisiones esté en manos del Presidente, sobre todo las que se refieren a la elección de los colaboradores centrales de su administración, vengan éstos del poder ejecutivo, legislativo o judicial. Puesto que el Presidente se rodea de las personas en quienes puede confiar, es natural que elija a sus compañeros de generación. La confianza de los líderes políticos mexicanos en las camarillas formadas sobre la base de amistades prolongadas y la confianza en un lazo personal con una figura presidencial, refuerzan la importancia de una generación específica.

A partir de los años treinta, la representación generacional se ha institucionalizado de manera que cada presidente otorga su mayor representación al grupo de su misma edad y al de edad similar, por lo general la inmediata inferior.

Una excepción en las últimas nueve administraciones presidenciales fue Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), nacido en 1890. Sus tres predecesores, Lázaro Cárdenas (1895), Manuel Avila Camacho (1897) y Miguel Alemán (1900) eran más jóvenes que él. De hecho, Ruiz Cortines otorgó la representación a aquellos grupos cuya edad era lógicamente la más adecuada para los puestos de mando, es decir, los

grupos comprendidos entre 1900 y 1919. El patrón típico sólo fue alterado en una ocasión, con un propósito específico, por Luis Echeverría (1970-76), quien otorgó la representación a un grupo más joven (1939-1940) que el suyo (1920-1929). Muchos políticos mexicanos consideran que este fue el origen de muchos de los problemas que surgieron durante su administración.⁵

El mismo patrón parece aplicarse al siglo pasado y al primer tercio de éste. Porfirio Díaz, quien dominó la escena política nacional de 1877 a 1911, reclutó a la mayor parte de los líderes entre los miembros de su generación, aquellos que nacieron antes de 1839, y entre los de la siguiente, nacidos entre 1840 y 1859. Lo sucedió en el poder el primer presidente revolucionario, Francisco I. Madero, representante de la generación 1860-79, la cual tuvo posibilidades mínimas de asumir algún cargo antes de 1911. Venustiano Carranza, el más importante sucesor de Madero, significó, como Adolfo Ruiz Cortines, el regreso de una generación anterior, una de las representadas en los últimos gabinetes de Porfirio Díaz.⁶ Las figuras más importantes del periodo posterior a la revolución, los generales Alvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, ambos nacidos en la década de los 1880, llevaron a un primer plano a una nueva generación (1880-1899), que dominó la escena política hasta 1940.

En México, las identidades generacionales se forman con las experiencias compartidas. Según los políticos mexicanos, son dos las experiencias significativas en su formación personal: los principales acontecimientos políticos y la educación. Una cuarta parte de los políticos que dominaron la escena nacional de 1940 a 1970 identificaron los principales acontecimientos políticos con aquellos que tuvieron una importancia primera en su socialización.⁷ Y no hay razón para creer que en México los miembros de generaciones políticas anteriores tuviesen otra concepción acerca de la importancia de los acontecimientos.

Asimismo, las experiencias educativas fueron consideradas por los políticos como elementos de vital importancia en su formación. Más del cuarenta por ciento de los políticos a los que entrevisté creen que sus profesores o sus experiencias educativas tuvieron una influencia determinante en

sus valores. Y la influencia de la educación no necesariamente contradice la relevancia de un acontecimiento político importante. En otras palabras, los compañeros que comparten una experiencia educativa muchas veces comparten también un acontecimiento político.⁸

La experiencia educativa y política de cada generación se ve intensificada en México por el entrelazamiento de las influencias socializadoras y de reclutamiento. En otra parte de este ensayo demuestro la importancia fundamental de la educación en el proceso de reclutamiento y socialización de los líderes políticos en el siglo XX.⁹ No deja de ser importante en el siglo XIX, pero la competencia proviene de muchas otras fuentes y es evidente una mayor diversidad en estos procesos.

Durante el último siglo, las identidades generacionales de los políticos se han formado sobre todo a raíz de ciertos acontecimientos de importancia y debido a un ambiente educativo institucionalizado. Conforme México fue desarrollándose políticamente, los acontecimientos dejaron de tener tanta importancia y fueron sustituidos por un ambiente educativo. Es decir, después de 1930, México vio desaparecer a las generaciones políticas formadas sobre la base de las confrontaciones políticas y la violencia para adoptar formas más institucionalizadas. La evolución política de México estuvo acompañada de una centralización y una homogeneidad crecientes de las experiencias que compartían sus líderes. La amplitud y el alcance de las experiencias homogeneizadoras fortalecieron a los líderes políticos e infundieron en ellos una determinación única. Cualquier cambio en estos patrones aumentará quizá la diversidad de las experiencias dentro de una misma generación y entre una generación y otras posteriores.

Las generaciones políticas dirigentes de los últimos cien años han sido testigos de una amplia gama de acontecimientos políticos, pero tal parece que sólo tres fueron importantes en el siglo pasado y uno en este siglo. Estos cuatro acontecimientos son: la invasión norteamericana de 1846 a 1848, los conflictos entre liberales y conservadores en los años 1850 y 1860, la intervención francesa de 1862 a 1867 y la revolución mexicana de 1910 a 1920. Ningún otro acontecimiento

Tabla 1

Patrones Generacionales de las Administraciones Presidenciales, 1935-1984					
Presidente	Generación				
	Porcentaje				
	Antes de 1880	1880-99	1900-19	1920-39	1940+
Cárdenas	5	75	20	0	0
Avila Camacho	2	58	35	5	0
Alemán	0	31	67	2	0
Ruiz Cortines	2	23	65	10	0
López Mateos	0	15	69	16	0
Díaz Ordaz	0	6	54	39	1
Echeverría	0	2	33	56	8
López Portillo	0	1	18	56	25
De la Madrid	0	1	8	56	35

tecimiento, incluyendo la Gran Depresión o incluso la campaña presidencial del candidato de la oposición José Vasconcelos en 1929, tuvo implicaciones generacionales en los líderes mexicanos.

Dado que Porfirio Díaz representa a las generaciones políticas que dominaron sus administraciones, vale la pena comentar su participación en dichos acontecimientos. Nacido en 1830, Díaz no participó en la lucha contra la invasión norteamericana, pues era un adolescente, si bien muchos de sus contemporáneos apenas mayores se ofrecieron como voluntarios para luchar en contra del ejército norteamericano. A los veinticuatro años, se rebeló contra el general Santa Ana y, para evitar cualquier persecución, se unió a algunas guerrillas liberales en 1854. Nombrado jefe político del distrito de Ixtan en Oaxaca al año siguiente, inició su carrera en la Guardia Nacional de Oaxaca. Como la mayor parte de sus contemporáneos, quienes hicieron brillantes carreras militares, Díaz cambió más tarde la Guardia Nacional por el ejército regular. Poco a poco y durante el periodo en que los liberales tuvieron el control, fue ascendiendo de grado hasta convertirse en General de Brigada en 1861. Dos años después fue nombrado Comandante del Ejército del Este contra los franceses, cargo que conservó hasta la derrota de éstos en 1867.¹⁰

La mitad de los colaboradores más importantes de Díaz comparten sus experiencias de la lucha entre liberales y conservadores. Muchos se involucraron sólo políticamente, pero de hecho la amplia mayoría tomó las armas en defensa de los liberales. Por lo general, como en el caso de Díaz, no eran figuras políticas liberales de primer orden. En virtud de que Díaz era una figura menor en el conflicto hasta la intervención francesa que apoyaron los conservadores, su papel en la lucha contra los franceses fue determinante para su generación.

Un examen cuidadoso de las principales batallas de este periodo —existe una lista completa de los oficiales participantes— presentaría una especie de anuario de los futuros políticos. En particular, muchos de los colaboradores de Díaz lucharon bajo su mando en la batalla de Puebla y Oaxaca. Una de las experiencias típicas de su generación consistía en haber sido prisionero de los franceses y haber escapado de ellos, como fue el caso de su Ministro de Guerra entre 1884 y 1896, Pedro Hinojosa. Algunos otros de los que colaboraron con el gobierno de Díaz, Abraham Bandala Patiño, gobernador de Tabasco de 1895 a 1910, y Mucio Praxedis Martínez González, gobernador de Puebla de 1893 a 1911, lucharon al lado de Díaz en el asalto a Puebla perpetrado el 2 de abril de 1867. Martínez González peleó también bajo las órdenes de Díaz en la batalla de la plaza de Oaxaca el 6 de octubre de 1866 y había sido compañero de armas suyo durante muchos años.¹¹

Díaz puso a prueba la lealtad de muchos de sus futuros colegas políticos en los campos de batalla. Mientras los políticos mexicanos modernos trabaron buen número de sus amistades durante la escuela, a edad temprana, Díaz reclutaba a sus colaboradores entre quienes habían compartido sus experiencias en tiempos de guerra. Estas experiencias eran compartidas por su generación y, como lo sugieren los veteranos de guerra, se establece un lazo muy fuerte entre los sobrevivientes.¹² Es obvio que semejante lazo existió entre Díaz y sus colaboradores. Más adelante, la

lealtad de los amigos vuelve a ser puesta a prueba cuando Díaz se rebela contra su antiguo mentor, Benito Juárez, en su infructuoso Plan de la Noria en 1872. Cuatro años más tarde, tendrá éxito el Plan de Tuxtepec elaborado por Díaz contra la reelección de Sebastián Lerdo de Tejada. Las biografías de muchos de sus colaboradores revelan los riesgos que asumieron al asociarse a Díaz en cualquiera de las rebeliones o en ambas.

Durante el régimen de Díaz, la paz política está a la orden del día. Esta condición tendrá importantes repercusiones en la formación de las futuras generaciones políticas. Para quienes se formaron durante el Porfiriato, no hubo un acontecimiento político significativo que actuara como catalizador de toda una generación, como tampoco fue posible compartir una experiencia histórica que sirviera de foco para el reclutamiento político. Por lo tanto, la generación que más se acerca a la de Venustiano Carranza (1850-1869) conserva experiencias mínimas acerca de los tres acontecimientos más importantes del siglo XIX.

Los gobiernos de Díaz y de sus predecesores liberales inmediatos introdujeron algunos cambios en el proceso que resultan cruciales para la formación de las generaciones posteriores. En primer lugar, en las filas del ejército se lleva a cabo un lento pero consistente movimiento: los oficiales que habían adquirido sus aptitudes en el campo de batalla y que muchas veces habían iniciado su carrera como soldados de tropa, empiezan a ser sustituidos paulatinamente por una nueva generación de graduados, egresados del Colegio Militar Nacional. Este grupo más joven de oficiales de ningún modo conformó una generación política pero sí un puente de transición entre el Porfiriato y los líderes revolucionarios del siglo XX. Además, no constituye una generación decisiva. Su representante más prominente fue el general Victoriano Huerta, graduado ingeniero civil en 1876. Tras ordenar el asesinato de Madero en 1913, Huerta fue quien provocó el verdadero estallido de la violencia revolucionaria. La mayor parte de sus colaboradores, especialmente los gobernadores, eran oficiales de carrera como él que incluso fueron compañeros desde el Colegio Militar y que habían dedicado mucho de su carrera a sofocar las rebeliones de los indios en el norte y en el sur.¹³ Durante su breve interludio revolucionario, Huerta recompensó a sus amigos militares otorgándoles ascensos al grado más alto, el de General de División.

La institucionalización de la instrucción militar dentro de un contexto educativo tuvo su contrapartida en la esfera de lo civil. En 1868, durante la administración de Benito Juárez, los liberales victoriosos fundaron la Escuela Nacional Preparatoria.¹⁴ El propósito de esta institución, como el de los institutos regionales de artes y ciencias previamente establecidos, consistía en educar a una nueva generación de líderes políticos entrenados en el arte del pensamiento racional, generación que atendería los asuntos de México en la generación posterior de la de Benito Juárez. El mismo Porfirio Díaz, y esto se olvida con frecuencia, fue producto del Instituto de Artes y Ciencias de Oaxaca y discípulo de Benito Juárez, quien dirigía la institución. De hecho, Díaz terminó sus estudios de leyes, aunque nunca se recibió.

Madero, que como muchos de sus contemporáneos había realizado parte de sus estudios en escuelas religiosas, aprendió estudios comerciales en la Escuela Técnica Agrícola

de Berkeley en California en 1893, en la escuela Mount Saint Mary's de Baltimore entre 1886 y 1888 y en el Liceo Versailles de París de 1889 a 1891. Pero, en virtud de que representa a la generación inmediata posterior a la de Díaz, Carranza ilustra mejor que ninguno la importancia de este sistema educativo: fue el primer presidente mexicano que estudió en el Ateneo Fuente, el Instituto Regional de Saltillo y, en 1875, en la Escuela Nacional Preparatoria.

Los registros de la Escuela Nacional Preparatoria muestran claramente la influencia de esta institución en los futuros líderes políticos. De una población de millones, sólo unos cientos de estudiantes tienen la oportunidad de prepararse en esta institución. De entre ellos, un porcentaje desproporcionado conformará el futuro grupo político e intelectual líder de México.¹⁵ Sin embargo, la Escuela Nacional Preparatoria compitió en sus inicios con los institutos regionales. La capacidad de un ambiente educativo nacional para contribuir a la formación de una generación política se ve restringida por el imponente modelo del regionalismo mexicano.

Fue sólo cuestión de tiempo que la centralización de las experiencias educativas se afianzara en México. Aunque estimulada por un ambiente único de preparatoria nacional, el factor que más contribuyó a la centralización fue el fortalecimiento de las escuelas profesionales en la Ciudad de México, particularmente el Colegio de Minas (más tarde Escuela Nacional de Ingeniería), la Escuela Nacional de Leyes y la Escuela Nacional de Medicina. Curiosamente, la Escuela Nacional de Leyes fue la opción de muchos de los futuros políticos que realizaron estudios profesionales.¹⁶ Hasta la generación 1849, cuando mucho uno de cada seis líderes había estudiado en una de las escuelas profesionales nacionales. Pero en las generaciones posteriores, es decir las de aquellos nacidos entre 1850 y 1879, entre el 30 y el 50 por ciento se había graduado en alguna de esas instituciones nacionales.

(a) Las cifras para la generación 1880-99 varían significativamente si uno observa a quienes ocuparon puestos de importancia en el periodo revolucionario o inmediatamente posterior a la revolución, en comparación con quienes colaboraron con Cárdenas y Avila Camacho. De esta generación, el 28 por ciento de quienes colaboraron con las administraciones posteriores a 1935 estudió en la Universidad Nacional. Por contraste, sólo el 14 por ciento de quienes colaboraron con las administraciones anteriores a esa fecha asistió a esta institución.

Empezando con la generación 1880-1899, el 21 por ciento de sus miembros estudió en una de las escuelas profesionales nacionales o en su sucesora, la Universidad Nacional. Como se sugirió anteriormente, la tendencia ha sido favorable a que las generaciones políticas compartan la experiencia de una institución común. En el caso de la generación 1900, el 44 por ciento había estudiado en la Universidad Nacional, cifra que aumentó a más del 50 por ciento en la generación 1920-1939 y finalmente al 61 por ciento en el grupo posterior a 1940. Sin embargo, tras estas estadísticas se oculta un descenso notorio, por primera vez entre políticos nacidos en el siglo XX, en el número de estudiantes de la Universidad Nacional. Para los nacidos después de 1949, la cifra vuelve a caer al 48 por ciento, fenómeno que repite lo ocurrido con la generación 1929 (Tabla 2).

Tabla 2

Asistencia a la Universidad Nacional de las Generaciones Políticas		
1820-1940		
Generación	UNAM	Otras Instituciones
Porcentaje		
Antes de 1839	0	100
1840-59	33	67
1860-79	27	73
1880-99 (a)	21	79
1900-19	44	66
1920-39	53	47
1940-	61	39

Un patrón similar existe en el caso de las generaciones políticas de la Escuela Nacional Preparatoria. Aunque no contamos con estimaciones acerca de las generaciones anteriores a 1879, las cifras muestran que hacia la generación 1880, el 16 por ciento frecuentaba dicha institución y que en las dos generaciones que comprenden los años 1900 a 1939, casi uno de cada tres líderes políticos resultó egresado de la Escuela Nacional Preparatoria. Sin embargo, durante este periodo de cuarenta años no hubo aumento alguno en la proporción de líderes egresados de esta escuela y, para el grupo de 1940, la cifra disminuyó a menos de uno de cada cuatro y hacia 1950, a uno de cada seis.

La educación académica ha sido desde tiempo atrás una experiencia compartida por las generaciones políticas mexicanas. Aunque los defensores de lo mexicano se inclinan a considerar lo anterior como un fenómeno posterior a la revolución, esto es totalmente falso. Como lo demuestran los datos incompletos de Peter Smith relativos a los líderes políticos a principios del siglo XX, se creía que por lo menos el 80 por ciento había asistido a la Universidad y que casi la mitad, o quizá más, había llegado a obtener un título.¹⁷ Mis propios datos, que parten de la generación 1880, muestran claramente que sólo el 46 por ciento de la generación 1880-99 no había obtenido algún título, cifra que disminuyó al 27% en la generación 1900-19 y a la que siguió otra reducción del 20% en la generación 1920-39. Cuando dispongamos de la información completa para hacer el análisis, probablemente observaremos un descenso en el porcentaje de líderes con educación superior en el caso de la generación 1870-1889, quizá originado no en un cambio radical del modelo institucional sino en un acontecimiento intermedio, la revolución de 1910 (Tabla 3). En lo que respecta a la generación política más reciente, la de los nacidos a partir de 1940, sólo el 14 por ciento no posee títulos universitarios.

Desde hace mucho tiempo, en México se ha fomentado la educación universitaria en la mayor parte de los miembros de las generaciones políticas. Lo que gradualmente y desde el siglo pasado ha cambiado acerca de esta experiencia es que la educación superior se ha centralizado, es decir, nacionalizado. La calidad de la diversificación regional, generada por los múltiples institutos regionales, ha sido sustituida por la homogeneidad de la Escuela Nacional Preparatoria y por el establecimiento de una Universidad Nacional (la

Tabla 3

Logros Educativos de las Generaciones Políticas Mexicanas					
Generaciones	Nivel de educación concluido				
	Primaria	Secundaria	Normal	Preparatoria	Universidad
Porcentaje					
Antes de 1839	15	0	0	28	57
1840-59	20	0	0	0	80
1860-79	0	0	0	20	80
1880-99	19	7	9	11	54
1900-19	8	5	7	7	73
1920-39	3	3	7	7	80
1940-	1	2	6	5	86

unión de las principales escuelas profesionales), ambas ubicadas en la Ciudad de México.

La centralización del poder político en la Ciudad de México no sólo se ve acompañada de una concentración comparable de la educación avanzada, sino también, lo que no es menos importante, de una centralización de las principales experiencias "ambientales" de las generaciones políticas mexicanas. De los líderes políticos nacidos antes de 1880, sólo el 4 por ciento provenía de la Ciudad de México. En la muy importante generación posterior a la revolución, sólo el 6 por ciento era originario de la capital; pero ocurre un gran cambio en la generación siguiente, ya que esta ciudad se atribuye el 14 por ciento de los líderes, más del doble de la cifra anterior. En la generación siguiente, la cifra vuelve a dar un salto a 25 por ciento, mientras que en la generación actual, la de los nacidos después de 1940, sorprende que el 37 por ciento provenga de la Ciudad de México (Tabla 4). A pesar del rápido crecimiento de la ciudad, estas cifras son completamente desproporcionadas con respecto a la población que reside en ella.

Habría que considerar la revolución de 1910 como un catalizador que contribuyó a la formación de una generación política y como agente que intervino en el cambio de los

valores de esa generación. Sin embargo, es raro que semejantes acontecimientos afecten los procesos institucionales que por lo general influyen en los valores. En otras palabras, la revolución redujo la proporción de titulados porque permitió el acceso a los líderes políticos en función de sus méritos en los campos de batalla, de la misma manera que el conflicto entre conservadores y liberales, la invasión norteamericana y la intervención francesa influyeron en la generación anterior. Pero la generación de Díaz ya había puesto en marcha los procesos institucionales que, en tiempos de paz y durante treinta años, tuvieron mayor importancia en la formación de las generaciones políticas que cualquier acontecimiento individual. Estos sistemas educativos no fueron destruidos por la revolución.¹⁸

Durante dos generaciones, la revolución tuvo una influencia abrumadora en los líderes políticos, y no indirectamente, sino desde el punto de vista del compromiso individual. Y es que, de hecho, la mitad de los políticos nacidos entre 1870 y principios del siglo XX participaron en la revolución mexicana. Al igual que Díaz, los presidentes Obregón y Calles eligieron a muchos de sus colaboradores de entre sus compañeros de la guerra.¹⁹ Su generación es decisiva en el sentido de que cambia las reglas políticas del

Tabla 4

Lugar de Nacimiento de las Generaciones Políticas Mexicanas							
Generación	Región de Nacimiento						
	D.F.	Costa Este	Oeste	Norte	Sur	Golfo	Costa Oeste
Porcentaje							
Antes de 1939	0	25	25	13	13	25	0
1840-59	8	17	42	0	0	8	25
1860-79	0	9	9	55	0	0	27
1880-99	6	18	16	24	6	10	20
1900-19	14	15	16	15	10	15	13
1920-39	25	11	16	15	7	12	12
1940-	37	14	11	9	5	9	10

juego y, sobre todo, impone nuevos valores que se verán reflejados en la Constitución de 1917.

Sin embargo, existe una similitud importante entre dos generaciones decisivas, la de Díaz y la de Obregón y Calles. Tras muchos años de guerra civil, ambos grupos dan una importancia enorme a la paz.²⁰ Durante el periodo de Díaz, la paz se convierte en el lema manifiesto de los positivistas mexicanos. El mismo Benito Juárez, el arquetipo del liberal, reconoce que sólo un acuerdo permitirá a los mexicanos alcanzar la estabilidad necesaria para el logro de los objetivos económicos y sociales que los liberales perseguían. Durante la generación de Calles hay un intento por institucionalizar las reglas del juego político. Al igual que los liberales moderados que le precedieron, la generación post-revolucionaria instituye un proceso educativo más completo que el del siglo anterior para la formación de una élite política nacional.

A partir de la generación 1900, los líderes post-revolucionarios utilizan el sistema educativo para transmitir un conjunto de valores de una generación a otra y reducir así la brecha generacional, que en lo que respecta a los valores es la división generacional potencialmente más importante, según Alan Spitzer.²¹ Retomando las palabras de Antonio Armendáriz, miembro prominente de la generación 1900: "... los hombres de mi generación no pueden negar la influencia decisiva de la universidad (la UNAM) en la vida pública del país... que algunos profesores sobresalientes nos dejaron una huella espiritual, tanto con su ejemplo como ciudadanos como con su autoridad como profesores".²² Los profesores de estas instituciones hicieron posible la transición. Puesto que los políticos del siglo XX consideraron a sus profesores como su fuerza socializadora más importante y puesto que la mayor parte de los profesores eran además funcionarios del gobierno, los cambios en sus valores fueron aún mayores. Lo que vino a dar más fuerza a este patrón fue el hecho de que los intelectuales-profesores fuesen también hombres al servicio del estado.

En tiempos de paz, no fueron los acontecimientos políticos lo más determinante en la formación de las generaciones políticas sino las experiencias institucionales. Para los políticos mexicanos, el acontecimiento más importante en los últimos cuarenta años fue quizá la masacre estudiantil del 68. La razón es que tuvo lugar en la Ciudad de México lo que directa o indirectamente afectó a una tercera parte de los políticos de la época nacidos después de 1940. Y es que la concentración de una generación política en un mismo sitio, donde puede respirar una atmósfera universal, aumenta el impacto de un acontecimiento único aunque físicamente éste sólo se extienda a una zona pequeña.

Como prueba de la significación de este acontecimiento en una sola generación, descubrí al observar a los intelectuales de menos de cuarenta años que este asunto no sólo afectó sus valores sino que, además, la relación estructural entre los intelectuales y el Estado se vio significativamente alterada. Es decir, en lugar de continuar la tradición de estrecha colaboración entre los intelectuales mexicanos y el gobierno, como lo ejemplifican los intelectuales que optan por una carrera pública, la generación de los años posteriores a 1940 eligió la vía del intelectual independiente.²³

En forma preliminar y sin bases históricas suficientes, yo adelantaría que durante los últimos cien años han existido

en México tres "generaciones políticas decisivas". La primera de ellas, la de Porfirio Díaz, formada por un grupo de liberales moderados que pelearon en las principales batallas del siglo XIX y que se opusieron al opresor extranjero. Esta generación se nutrió de violencia constante que luego convirtió en el instrumento para imponer su propia definición de paz en 1877, la cual duraría hasta 1911.

Las generaciones intermedias (1840-59, 1860-79) pasan desapercibidas, especialmente aquellas nacidas durante la década de los 1860. Si bien es cierto que los contemporáneos de Madero fueron importantes porque promovieron el cambio político en 1911, en realidad es la generación siguiente, la de Plutarco E. Calles y Alvaro Obregón, la que puede considerarse como la segunda generación decisiva en la política mexicana de los últimos cien años. Ellos lucharon en la revolución, es decir, en la verdadera guerra civil que tuvo lugar en 1913 y fueron ellos quienes, como Díaz, impusieron finalmente la paz por medio de la violencia en 1920.

Pero las generaciones decisivas en la vida política de México no son sólo aquellas propensas a la violencia. En mi opinión, la generación de Miguel Alemán (1900-19), dentro de un contexto no violento, da un giro radical con respecto al pasado al institucionalizar las reglas políticas del juego, al introducir al político profesionalista como figura dominante en el gobierno y, quizá lo más importante, al marcar el ocaso de los hombres de estado militares y el ascenso del líder civil. Estos cambios fueron posibles gracias a —e incluso fomentados por— un sistema educativo que genera, en los niveles preparatorio y universitario, grupos sucesivos de estudiantes formados para dirigir que comparten un número cada vez mayor de valores transmitidos de mentor a discípulo.

La siguiente generación, la de Echeverría, López Portillo y de la Madrid (1920-39), tiene que hacer frente a un sistema político agobiado por la crisis. Nada en sus objetivos ni en sus procesos resulta decisivo y tanto sus logros como sus fracasos son el resultado no sólo de accidentes sino de sus propias acciones.

Sin embargo, quizá haya una cuarta generación decisiva en potencia, la de los líderes políticos nacidos a partir de 1940. Este grupo, al igual que sus contemporáneos intelectuales, se ha formado con los acontecimientos del 68, con una serie de crisis económicas y es producto de una generación responsable de institucionalizar el sistema. Y sin embargo, no comparte ninguna experiencia esencial derivada de un acontecimiento político prolongado. Lo que sí comparte, además de su carácter de urbano (el 95 por ciento lo es) y de sus antecedentes de clase social media, es la posibilidad de tener acceso a una educación avanzada y a los modelos norteamericano y europeo. Sólo un número reducido de los miembros de la generación de los cuarenta no posee una preparación universitaria, pero lo más sorprendente es que el 40 por ciento comparte la experiencia de un postgrado y que, de este 40 por ciento, el 70 lo obtuvo en el extranjero. Por otra parte, una importante minoría obtuvo el grado de licenciatura en una institución privada, cambio radical con respecto al pasado.

La universalidad de las experiencias de esta generación en materia de educación profesional en el extranjero y la influencia progresiva de las instituciones privadas para la

obtención de títulos universitarios, conducen a la diversidad y no a la homogeneidad entre los miembros de la generación posterior a los años cuarenta. En lugar de que se transmitan los valores de las generaciones anteriores, el lazo que refuerza la homogeneidad de valores entre las generaciones políticas mexicanas del siglo XX se está rompiendo.

La generación de los cuarenta puede resultar decisiva debido a que una facción de ese grupo puede intentar, con éxito, reformar el sistema político desde dentro para poder sobrevivir a las futuras crisis y para continuar la estabilidad construida por la generación de Alemán. Por otra parte, es muy probable que esta misma generación sea recordada desde fuera que aportó los líderes que reestructuraron el sistema cambiando los objetivos del aparato político y al reintroducir, una vez más, la búsqueda de instituciones políticas legítimas iniciada en los años 1820.

Notas

¹Alan B. Spitzer, "The Historical Problem of Generations", *American Historical Review*, Vol. 78 (Diciembre, 1973), pp. 1353-1385.

²Karl Mannheim, "The Problem of Generations", en Karl Mannheim, *Essays on the Sociology of Knowledge* (Londres, Routledge & Kegan, 1959), p. 291.

³Entrevistas a políticos mexicanos, Ciudad de México, 1973-1984. Para conocer la visión de un historiador notable, véase Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (México, Joaquín Mortiz, 1976). Para conocer la visión de un político, véase la autobiografía de Miguel Rivera Silva, *Perspectivas de una vida, biografía de una generación* (México, Porrúa, 1974). El concepto de generación política del presidente Miguel de la Madrid fue claramente presentado en la obra de Carlos J. Sierra Brabatta, *Crónica de una generación* (México, 1983).

⁴Julián Mariñas, *Generations, a Historical method* (University of Alabama, 1970), p. 100.

⁵Entrevistas a políticos mexicanos, Ciudad de México, 1980-84.

⁶Peter H. Smith, *Labyrinths of Power, Political Recruitment in Twentieth-Century Mexico* (Princeton, Princeton University Press, 1979), p. 100.

⁷Roderic A. Camp, *La formación de un gobernante, la socialización de los líderes políticos en el México post-revolucionario*. (México, Fondo de Cultura Económica, 1981), p. 64.

⁸El Dr. Ramiro Taméz, quien más tarde fuera Secretario General del Gobierno del Estado de Nuevo León y senador, escribió lo siguiente: "Cuando cursaba el tercer año de la carrera de medicina, se despertó en mí gran simpatía hacia la revolución y, conversando con mis amigos, quienes también simpatizaban con el movimiento, sobre todo Salvador Aguirre, sobrino del general Eugenio Aguirre Benavides —hombre honrado y valiente de la revolución—, mis amigos Carlos Hidalgo y Terán, Hipólito

Mesa, el arriba mencionado Salvador Aguirre y yo, acordamos unirnos al servicio médico con el general Aguirre Benavides. En dichas campañas conocí a mi amigo y compañero el Dr. Francisco Castillo Nájera, quien más tarde se convirtió en un distinguido escritor y diplomático y él me presentó en la ciudad de Torreón al general Francisco Villa, de quien me hice amigo." Carta al autor, febrero 26 de 1974.

⁹Roderic A. Camp, *La formación de un gobernante* y mi libro *Mexico's Leaders. Their Education and Recruitment* (Tucson, University of Arizona Press, 1982).

¹⁰Alfonso Luis Velasco, *Porfirio Díaz y su gabinete* (México, 1889).

¹¹Secretaría de Guerra, *Memoria* (México, Secretaría de Guerra, 1901), p. 19.

¹²Como me comentó en una ocasión el general Juan Barragán, quien fuera Jefe del Estado Mayor de Venustiano Carranza: "Conservo gratos recuerdos de mis tiempos de estudiante, pero realmente mi formación como hombre puede atribuirse a mi participación en la Revolución Mexicana, gracias a la cual entré en estrecho contacto con todos los grandes jefes que la hicieron posible, desde Venustiano Carranza de quien, lo repito, fui íntimo colaborador, hasta generales como Lucio Blanco, con quien participé en el primer reparto de tierras que produjo la revolución en agosto de 1913 en los Borregos, Tamaulipas..." Carta al autor, abril 3 de 1974.

¹³Gabriel Cuevas, *El glorioso Colegio Militar Mexicano en su siglo 1824-1924* (México, 1957), p. 349.

¹⁴Miguel Ceballos, *La Escuela Nacional Preparatoria* (México, Imprenta Mundial, 1933).

¹⁵UNAM, Centro de Estudios sobre la Universidad, *Escuela Nacional Preparatoria*. Vols. 1-2 (México, UNAM, 1983).

¹⁶Para apoyar lo anterior, he examinado las inscripciones individuales, por año y por salón, de todos los estudiantes de la Escuela Nacional de Leyes, de 1867 a 1917. Esta información está ya disponible, en una presentación accesible, en el *Libro de Inscripciones* de la Escuela Nacional de Jurisprudencia (México, UNAM, 1867-68, 1868-69, 1880-91, 1891-96, 1896-1900, 1900-1906, 1906-1912, 1912-1916, 1917-1921).

¹⁷*Labyrinths of Power*, p. 92.

¹⁸Como sugiere Alejandro Gómez Arias, uno de los principales intelectuales mexicanos y dilettante en la oposición política, quien inició sus estudios a finales de los años 1910: "Los principios del positivismo aún estaban vivos. Los profesores de lógica enseñaban con el viejo libro de texto del Dr. Parra, sin modificarlo, y los libros de historia hablaban sobre las ideas sociológicas de Spencer..." Carta al autor, septiembre 27 de 1973.

¹⁹Para un informe detallado sobre la formación de la generación de Calles y Obregón, véase Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana* (México, Siglo XXI, 1977).

²⁰Una prueba de ello se encuentra en "Los orígenes del autoritarismo moderno en México" de John Coatsworth, *Foro Internacional*, Vol. 16 (octubre-diciembre, 1975), pp. 205-232 y en el artículo de José Luis Reyna, "Redefining the Established Authoritarian Regime: Perspectives of the Mexican Policy", presentado en el Centro para las Relaciones Interamericanas de Nueva York en febrero de 1975.

²¹Alan Spitzer, p. 1395.

²²Carta personal dirigida al autor, abril 10 de 1972.

²³*Intellectuals and the State in 20th Century Mexico* (Austin, University of Texas Press, 1985).

